

CAPITULO II

Descripción de Santa Marta. —El "Comején". —Los indios Tayronas.—Minca.—San Pedro.—Recordando al General Bolívar.—Richacha.—Los "Guajiros" y "Cocinas"

Santa Marta, capital de la provincia de su nombre, llamada en otros tiempos la *Perla de América*, es una de las primeras ciudades fundadas por los españoles en América del sur. Está situada a las orillas del mar, en una playa arenosa que antecede a una llanura de cerca de cuatro leguas de extensión, en torno de la cual se extienden en semicírculo las montañas que forman parte de la Sierra Nevada. Los dos extremos de la media luna que forman esas montañas se internan en el mar y rematan en dos cabos, en cuyas cimas se ven aún las ruinas de antiguas fortificaciones que, junto con otra, también desmantelada, que se alza en medio de la playa, frente a la ciudad, completaban antaño sus defensas marítimas. Entre esos dos cabos se abre el puerto, donde entran los buques, después de haber contorneado, a media legua de la costa, dos islotes rocosos: el Morillón y el Morro, que se alzan en forma de pilones de azúcar y que, aunque dificultan un tanto la entrada y salida del puerto, le dan en cambio más seguridad y le protegen contra los embates de las olas. Sobre el Morro se eleva un fortín, desde el cual señala un vigía la presencia de barcos.

Visto desde el mar, a la distancia en que navegábamos de bolina, delante del puerto, el conjunto del paisaje impresioná y corresponde perfectamente a la idea que un europeo llegado por primera vez a América, se haya formado de la majestad y belleza de ese continente. En efecto, aunque un grupo de montañas no constituyen novedad para nadie, las que se pre-

sentan ante sus ojos y enmarcan la llanura de Santa Marta, se ofrecen cubiertas de una insólita y lujuriente vegetación, que aumenta todavía más su porte imponente y majestuoso. En el fondo de la ensenada se destaca, llena de gracia Santa Marta, dominando la masa de verdura que arbustos y cultivos forman detrás, hasta la falda misma de las montañas. Por el característico estilo de sus edificios, que emergen acá y allá, de entre los árboles, las palmeras y los bananos, Santa Marta, recuerda en mucho las ciudades del Oriente.

Al fondo del paisaje, y casi en el punto central de las crestas de los montes que se escalonan en amplias graderías, se alza un pico que sobresale por encima de todos y cuya cima dividida en dos agujas afiladas, semeja una horquilla y le ha valido el nombre castellano de la Horqueta. Esos dos picos gigantescos, cuando están bañados por los rayos solares, parecen de púrpura y de oro y cuando las nubes cubren el resto de las montañas, surgen de los nubarrones como dos torres sombrías. Pero al aproximarse a la tierra, después de haber entrado el barco en el puerto, ya no se domina el conjunto del panorama, sino solamente la ciudad de Santa Marta, que, al agrandarse, acaba por aparecer en todos sus detalles, perdiendo por completo el encanto que la prestan la lejanía y los árboles, pues las casas que suelen tener un solo piso o a lo sumo dos, y que parecen aplastadas por las techumbres de teja, tienen una apariencia extraña y más bien modesta. En los arrabales no existen más que miserables cabañas de cañas y barro, techadas con hojas de palmera. Los únicos edificios que se distinguen por su altura son cinco iglesias, entre las cuales se cuenta la catedral, rematada por una alta cúpula. En la época en que llegué a Santa Marta, esta ciudad me pareció tanto más triste, cuanto que estaba llena de escombros, restos de las ruinas que años antes causara un terremoto. Sus calles, aunque bastante anchas y tiradas a cordel, como no estaban pavimentadas, eran, según el tiempo, o verdaderos barrizales o polvorientos caminos. Además, como consecuencia de la falta absoluta de policía, hasta en los barrios más frecuentados se encontraban montones de inmundicias, donde escarbaban con toda libertad asnos y cerdos.

El interior de las casas por lo general constituido por un patio al que dan las habitaciones del entresuelo a lo largo

de un corredor o galería con techo de tablas sostenido de trecho en trecho por pilares de piedra o de madera. El patio algunas veces está adornado con arbustos o con arriettes de flores, pero generalmente se utiliza solamente como aprisco de toda clase de animales domésticos, que le convierten en una cloaca infecta; en el patio del hotel donde me alojaba me encontré con una verdadera arca llena de caballos, burros, cerdos, perros, gallinas, patos, tortugas, monos y loros, que retozaban en el centro alrededor de una charca lanzando constante chillidos o gruñidos tan ensordecedores como insoportables.

La ciudad contaba entonces con unos cuatro mil o cuatro mil quinientos habitantes siendo los preeminentes de raza blanca o criolla; los de color desempeñaban los oficios más bajos o vivían reducidos al estado de domesticidad. No había nadie que ejerciera alguna industria de relativa importancia; los obreros que se dedicaban a fabricar algunas cosas no producían más que objetos ordinarios. De suerte que las gentes acomodadas usaban, tanto para vestirse como para amueblar la casa y tener algunas comodidades, géneros, muebles y objetos importados del extranjero. No había tiendas artísticamente decoradas y reunidas en determinadas calles como en nuestras ciudades; las pocas tiendas que había en algunas esquinas eran en su mayoría verdaderos antros llenos de mercancías de toda clase sin orden ni concierto y la mayor parte eran *chicherías*, es decir tabernas miserables en las que se vendían los licores y comestibles que tenían más demanda entre la clase baja.

Entre las ruinas del antiguo fuerte, situado a la orilla del mar, en el centro de la curva que hace la playa, es donde se instala muy de mañana el mercado principal de frutas, legumbres, carne y pescado; las mujeres de la ciudad van allí de trapillo a hacer la compra para el día. Un gran número de tiburones se congrega en las aguas próximas a la playa atraídos por el olor fétido del mercado y por los residuos de todo género que se arrojan al mar; esto nada tiene de extraordinario a no ser por algunos muchachos negros que se arrojan temerariamente al mar para dar a los paseantes y sobre todo a los extranjeros el espectáculo por unos cuantos céntimos, de una caza a esos voraces cetáceos—sic—.

En efecto dos de estos muchachos a los que les di unos cuantos reales a cambio de esa proeza se tiraron en seguida de cabeza al mar no tardando en atraer hacia ellos a un tiburón que se veía perfectamente y que parecía estar a punto de alcanzarles, entonces, zambulléndose rápidamente, pasaron por debajo de él dándole unas cuantas patadas en el vientre que le hicieron huír más que de prisa.

Santa Marta tenía en aquella época con el extranjero un comercio insignificante. La mayor parte de las mercancías importadas pasaban en tránsito con destino a las provincias del interior de Nueva Granada. Las únicas exportaciones consistían en maderas tintóreas conocidas, con los nombres de palo Brasil o de Gayac, en cueros, algodón y tabaco, pero todo ello en cantidades tan insuficientes para completar el cargamento de vuelta de los barcos que la mayor parte de éstos tenían que regresar en lastre. La diferencia que hubiese a cargo de los habitantes de Santa Marta se liquidaba en onzas o en polvo de oro. El movimiento de navegación del puerto estaba reducido, lo comprobé con los documentos oficiales del año 1828, a la entrada y salida de una docena de buques extranjeros de bandera norteamericana, inglesa o francesa. El total de las exportaciones y de las importaciones se elevaba a lo sumo a unos doce millones de francos y los beneficios de comisión se repartían entre ocho negociantes, dos franceses, dos norteamericanos, uno inglés y tres criollos. A juzgar por los datos publicados recientemente no creo que el aspecto comercial haya mejorado recientemente en Santa Marta. Al devolver la visita a uno de los negociantes franceses de la ciudad, que había venido a saludarme y que me recibió en su tienda, me fijé en que todas las mercancías, en vez de estar colocadas en estantes a lo largo de las paredes, se hallaban puestas encima de grandes bancos, largos y anchos separados unos de otros en medio de la tienda; las patas de los bancos embadurnadas, descansaban sobre una especie de platinos de hojalata llenos de aceite. Habiéndole preguntado el por qué de ello, me dijo que era para preservar las mercancías, no solamente contra multitud de insectos trepadores y roedores, sino principalmente contra el conocido en el país con el nombre de *comején*, especie de minúsculo gusanillo, casi imperceptible, que se introduce en

el papel, en los libros, en las telas y las atraviesa de parte a parte con asombrosa rapidez. Hasta en las maderas hace tal cantidad de agujeros, que con frecuencia caen las vigas de las casas reducidas a polvo, que al parecer se hallaban buenas y sin que nadie las hubiera creído minadas por dentro. Más tarde comprobé que tanto en las ciudades costaneras como en las situadas en las márgenes del Magdalena, comerciantes y comisionistas adoptaban análogas precauciones para proteger sus fardos de los ataques de tan temible destructor. Me refirieron que una vez un virrey comunicó al gobierno español que los estragos causados por los comejeres habían inferido enormes pérdidas al comercio de algunas plazas de sur América y la corte de Madrid, a la que no explicaron qué eran los comejenes, pensando que el daño se debía a ataques de los indios llamados así, contestó dando instrucciones para organizar una expedición de castigo contra esos enemigos, a quienes no habría de dárseles cuartel. Este es un caso al que debe aplicarse el dicho italiano: *Si non e vico, e ben trovato*.

Pasadas las horas matinales, se celebra el mercado, durante el cual las calles están en plena animación, y luego, todo el mundo se mete en su casa durante el resto del día, para matar el tiempo entre comida y comida, durmiendo la siesta o meciéndose en hamacas, en suave holganza; sin embargo, había por excepción una farmacia de un francés llamado Desjardins, donde generalmente a la hora de la siesta o del *far niente*, se congregaban a diario las gentes del país y algunos extranjeros, que con el deseo de contar o de recoger noticias, cobraban fuerzas y valor para salir a la calle, a pesar de los ardores del sol. Por extraño que me pareciera ese punto de reunión, no dejé de ir algunas veces, ya que entre los contertulios se contaban las personas más destacadas de la ciudad, a quienes deseaba conocer y en cuya conversación adquirí muchos datos interesantes acerca de la situación política y social de la Nueva Granada. Esta costumbre de reunirse en una tienda no es exclusiva de los habitantes de Santa Marta, y se practica en casi todas las ciudades americanas, tanto en Bogotá como en Lima o en Buenos Aires, he ido a las tiendas para hablar diversos asuntos con los altos funcionarios en torno de un mostrador.

Solamente a la caída de la tarde refresca un poco el ambiente la brisa marina y es entonces cuando se hacen o se reciben visitas. Las mujeres, que por las mañanas salen de su casa de trapillo, por las tardes se visten con elegancia; algunas, que no se mueven de su casa, se sientan a las puertas, o en el amplio y fresco vestibulo, donde se forman reuniones. En los salones, donde recibían algunas señoras a la juventud alegre y bulliciosa, ésta, como en todas partes, exteriorizaba su buen humor tanto en los juegos que le son familiares, como en las canciones, acompañadas con la guitarra, que es el instrumento favorito del país. Muchas veces me detenía ante las ventanas, para escuchar las palabras de alguna romanza española, que llegaba a mis oídos entonada por una voz de claro timbre y suaves modulaciones. Todas las familias a quienes me presentaron, me acogieron con tanta simpatía y amabilidad, que en seguida nuestro trato tuvo esa cordialidad que no se improvisa en mi patria muy fácilmente, quizá por estar los hombres tan imbuidos de los prejuicios de casta y rango social. Casi en todas partes, encontré que, en casas que habían albergado ya dos o tres generaciones, se trataba a la gente con esa sencillez de costumbres, que no puede menos de constituir una prueba a favor del carácter de estas gentes. Desde luego, en esos salones la conversación no versaba sobre asuntos que son del dominio de los eruditos, pero tanto los hombres como las mujeres demostraban mucho ingenio natural, y una inteligencia susceptible de adquirir el mayor brillo en cuanto se la cultivase; unos y otros se expresaban con elegancia y facilidad, feliz privilegio éste de la raza española.

La playa, a pesar de estar desprovista de toda vegetación, se convertía también por las tardes en punto de reunión, al que acudía mucha gente a pie y a caballo, para buscar un poco más de fresco que en las calles o en el interior de las casas. Otro paseo para mí mucho más agradable, y que frecuentaba era el del pequeño río Manzanares, que nace en las montañas y desemboca en el mar a tres o cuatro kilómetros de la ciudad. El camino, que está constantemente protegido del sol, por la sombra de los árboles y bordeado de huertos que exhalan, principalmente en las mañanas y en las noches, el perfume de las flores, se ve concurrido desde el al-

ba, no sólo por los campesinos que traen al mercado sus productos o que vuelven a sus casas, sino también por muchos ciudadanos de Santa Marta que se dirigen en caravana a las orillas del río para bañarse en sus aguas vivificantes, que forman a lo largo de sus orillas infinidad de pequeñas ensenadas; en ellas las bañistas que no se entregan a las delicias de la natación pueden refrescarse y tenderse discretamente en una arena fina a la sombra de los cenadores que forma el follaje.

Prescindiendo de la playa arenosa donde se alza la ciudad al borde del mar, toda la llanura, lo mismo que las laderas y los numerosos valles de la Sierra, son de una fertilidad prodigiosa y podrían, si se les dedica exclusivamente a la agricultura, suministrar para el cambio con el extranjero, cantidades inmensas de cacao, azúcar, tabaco y algodón sin contar con los productos europeos que se podrían cultivar a favor del clima templado que reina en las montañas, según las distintas altitudes; pero en la época de mi permanencia en Santa Marta sólo el llano estaba cultivado y eso en forma muy deficiente, ya que la mayor parte de los campos y de los huertos tenían por amos infelices indios o negros holgazanes y poco estimulados por las necesidades de la vida material; razón por la cual, los productos del suelo se reducían a lo imprescindible para el consumo local. En cuanto a los extensos terrenos escalonados en los flancos de las montañas, siguen sin exhibir más que el lujo de su vegetación natural; pertenecen en gran parte a varios capitalistas a quienes el gobierno de Bogotá los cedió o vendió a bajo precio y que no realizaban en ellos el menor trabajo para explotarlos ni para beneficiar las minas de oro y de plata que se han descubierto en la sierra, en espera de que vengan inmigrantes europeos. Las únicas explotaciones agrícolas relativamente importantes que existen, tanto en el llano como en el resto del distrito no exceden a lo sumo de cinco o seis. Las de Minca y de San Pedro pertenecen, según me dijeron, al comerciante más rico de Santa Marta, el señor Joaquín de Mier; la primera está situada en el corazón de las montañas; toma su nombre de una de las numerosas tribus de indios que los españoles, a su llegada, encontraron establecidas al mismo pie de los heleros, en los valles y en las li-

deras de la Sierra, tribus que según uno de los primeros historiadores de la conquista de Nueva Granada, Lucas Fernández Piedrahita, constituían, a pesar de sus diversas denominaciones, el pueblo belicoso de los Tayronas, nombre colectivo que significaba en la lengua del país, fundidores de metal, debido a la industria principal a que se entregaban consistente en fundir y trabajar al fuego el oro que extraían de las minas de la región y con el que fabricaban, no sin cierta habilidad, recipientes, diademas, brazaletes, cinturones y otros objetos de adorno. Además los Tayronas cultivaban la tierra y realizaban un activo comercio de trueque con sus vecinos. Los españoles en sus expediciones de muerte y de rapiña, emprendidas para apoderarse de los tesoros de ese pueblo fueron muchas veces rechazados con bajas considerables y hasta en ocasiones exterminados por completo; entre las tribus que les infligieron las derrotas más sangrientas, se distinguieron principalmente las de los **Pesigueycas** y **Gayras**. Algunas, al amparo de sus inexpugnables guaridas en las montañas, no pudieron nunca ser del todo sometidas por los invasores. (1) Minca era, según me dijeron, un extenso cafetal cuya creación se remontaba muchos años atrás a la época de la dominación española, y cuyo café competía con los mejores de otros países; aunque me describieron el cafetal y el beneficio como dignos de ser visitados y a pesar de que me ponderaron el camino como uno de los más interesantes desde el punto de vista pintoresco, retrocedí ante las fatigas de una excursión que requería, de ida y regreso, por lo menos de diez a doce horas de marcha a caballo. Como la hacienda de San Pedro distaba de Santa Marta una legua poco más o menos, no dejé, como en el caso de Minca, de hacerla objeto de uno de mis paseos.

Un día en que con este propósito salí de la ciudad muy de mañana para evitar el calor, cuando ya iba a llegar a la hacienda me encontré con un arancés que salía de ella a caballo y que habiéndome reconocido por su compatriota se brindó a volver sobre sus pasos para servirme de cicerone en mi visita; entonces me enteré de que era el mayoral, es decir,

(1) Para los detalles de la lucha entre los españoles y los Tayronas véanse los dos primeros capítulos del libro III de la historia antes citada de Piedrahita.

el jefe y vigilante de los trabajadores de la finca que eran unos sesenta entre negros y esclavos.

Antes de oír sus manifestaciones había tomado a este hombre por un militar, pues llevaba un traje que no se parecía en nada al que según mis ideas preconcebidas debía ser el de un plantador en las colonias; en efecto, tenía una especie de guerrera de paño con cordones, parecida a la de los húsares y un pantalón también de paño, muy amplio y cuya parte baja entraba en unas botas de montar; aunque no era muy alto, parecía muy robusto e iba armado de un enorme látigo de mango corto al que sospeché era muy aficionado a servirse tanto para con los hombres puestos bajo sus órdenes, como para con el caballo que montaba; recorrimos juntos en primer término, dilatados campos plantados principalmente de caña de azúcar en los que una infinidad de canales y de pequeñas acequias conducían agua abundante para irrigarlos. Los campos estaban encuadrados por macizos de árboles gigantescos cuyo follaje espeso y de color verde oscuro contrastaba con el color amarillento claro de las hojas de la caña o con el de los bananos de aspecto extraño; un amplio jardín lleno de arbustos cubiertos de flores o de frutos aumentaba todavía más el aspecto atractivo de este lugar. Pero los edificios de esta hacienda no me dejaron la misma impresión que la obra de la naturaleza que acababa de contemplar, pues estaban en muy mal estado y los trapiches eran casi primitivos ya que las máquinas de vapor para la industria no se conocían en esa época en Nueva Granada. El jugo extraído de las cañas se convertía parte en azúcar y parte en *chicha*, una de las bebidas más corrientes del país y en cuya fabricación entra la melaza y el jugo de maíz triturado y fermentado.

Cuando acabé de ver todo lo que me pareció que ofrecía algún interés, el francés que me acompañaba no quiso dejarme marchar sin llevarme a la casa de la hacienda para ofrecermé algún refresco, con una cordialidad que estaba lejos de suponer en él, dado su aire antipático y debo confesar que fue con el mayor gusto como acepté su invitación, debido al calor que hacía; descansé un rato y compartí con él la colación que su amabilidad para conmigo le había hecho preparar. Lejos estaba yo de sospechar que esta casa, de

las más modestas, en la que estaba sentado a la mesa y que me llamaba poco la atención, habría de adquirir más tarde cierta celebridad y recibir la visita de numerosas personas atraídas a ella por intereses muy otros que los que a mí me habían llevado a ella, es decir, para evocar recuerdos y para buscar las huellas de los últimos pasos del hombre ilustre de quien los nuevos Estados de América del Sur pueden estar más orgullosos hasta el presente. Fue ahí, en efecto donde murió en 1830 el general Bolívar, a quien deben su independencia Venezuela, Nueva Granada, el Ecuador, Perú y Bolivia y al que en los tiempos en que sus servicios despertaban el entusiasmo, le fue conferido el título de **Libertador** por el agradecimiento de los pueblos que sustrajo al dominio español, y en el que en forma tan gloriosa se personificó la república de Colombia, de la que fue fundador; pero como la mayor parte de los grandes ciudadanos, que después de haber sido adorados durante muchos años se hacen sospechosos a las democracias, acabó siendo acusado por los liberales exaltados y por algunos de sus lugartenientes, envidiosos de su elevada posición, de aspirar a la tiranía y de meditar la manera de ampararla bajo una forma de gobierno monárquico, acusación que en 1828 se exteriorizó por una tentativa de asesinato.

Pocos meses después de haberse despojado voluntariamente del poder supremo, que no había dejado de ejercer a partir de 1819 como Presidente de Colombia, vino a buscar, casi como un próscrito en el apacible retiro de San Pedro el restablecimiento de su salud muy quebrantada, tanto por los pesares que hacia el final de su magistratura le habían ocasionado las calumnias y la ingratitud de sus conciudadanos como por las pasadas fatigas de sus numerosas y rápidas expediciones militares a través de regiones en que a las dificultades de las marchas, se suman siempre los rigores de climas tan variados.

En 1843, época en que reaccionó la opinión pública, se promovió la rehabilitación de su memoria; sus despojos mortales, en un principio depositados con escasa pompa en una de las sepulturas de la Catedral de Santa Marta, fueron trasladados a Caracas, lugar de su nacimiento y donde con la mayor pompa les fueron rendidos honores militares. El pro-

pietario de San Pedro, según me han referido, conservó religiosamente juntamente con el antiguo mobiliario, la reducida estancia que habitó Bolívar y en la que sólo un busto en mármol indica hoy el sitio que ocupó la cama en que expiró.

Me reservo el volver a insistir, en algunos detalles más, sobre los principales hechos de la vida de este eminente personaje cuando trate, mas adelante, del estado político y social pasado y actual de los países a que asoció su nombre dándoles la independencia.

La provincia de Santa Marta confina al Este con la de Richacha cuya capital, del mismo nombre, tiene mil habitantes más que Santa Marta y lo mismo que ésta se halla situada al borde del mar, pero con un puerto cuyo poco calado no permite la entrada más que a las goletas y a los bergantines y obliga a los grandes navíos a anclar con poca seguridad a una o dos millas de la costa. La distancia que separa ambas ciudades es de unas 40 a 45 leguas, que generalmente se recorren por mar en dos días y por tierra, pocas veces en menos de cuatro o cinco jornadas de a caballo por caminos, apenas trazados y teniendo que atravesar, sin puentes, una serie de riachuelos o de ríos pequeños que en la estación de lluvias no son vadeables porque se desbordan o porque se convierten en torrentes.

Richacha no se distingue por la arquitectura de sus casas, la mayor parte de éstas son de madera recubierta con argamasa de barro y paja o de adobes; sólo se cuentan unas veinte que sean de piedra comprendiendo en ese número la iglesia y los edificios de la aduana.

Una llanura de 15 a 16 leguas de largo y de ancho se extiende por detrás y a un lado de la ciudad hasta las montañas de Sierra Nevada y por el otro hasta el Richacha que limita por el Este el territorio de la Guajira. Esta llanura sólo es cultivable al pie de las montañas; todo el resto del terreno es arenoso, o está cortado por marismas salitrosas que no pueden utilizarse en forma alguna para empresas agrícolas dignas de este nombre. Con todo, Richacha, a pesar de su mal puerto y de la aridez de su llanura mantiene con el extranjero un comercio mucho más importante que Santa Mar-

ta gracias a sus exportaciones de sal, café, tabaco, cueros, maderas tintóreas de diversas clases y semillas de dividivi que se emplean en Europa para curtiembres. Casi la totalidad de estos tres últimos artículos se traen a Riohacha a lomo de mula por los indios de la Sierra Nevada y de la provincia limítrofe del Valle Dupar, renombrada por su fertilidad excepcional y por los magníficos pastos que han facilitado grandemente la cría de ganado vacuno y caballar en su territorio.

Durante la dominación española Riohacha adquirió alguna prosperidad debido a la venta de perlas que los indios pescaban en gran cantidad a unas dos o tres leguas mar adentro, en las inmediaciones del cabo de la Vela y con las que los joyeros de la ciudad montaban ricos aderezos; pero esta rama de la industria disminuyó considerablemente por la casi total desaparición de las madreperlas en aquellos parajes; sin embargo los indios continúan dragándolos de vez en cuando y consiguen algunas perlas y corales bastante buenos.

El territorio de la Guajira, península de 15 leguas de largo por unas 45 a 60 de ancho está poblada por tribus de indios nómadas, restos de la raza de los antiguos caribes; su número se calcula en 20 o 30.000; unos viven de la caza y de la pesca y otros se dedican a la cría de ganado y de caballos no sólo para su uso, sino para venderlos fuera de esa región; acampan, según las épocas, al aire libre o en chozas improvisadas con estacas y ramas; conservan el idioma de sus antepasados, que al decir de los lingüistas tiene grandes analogías con el *chibcha*, lengua de las diversas naciones bárbaras o a medio civilizar de la antigua Cundinamarca cuyo centro era la meseta de Bogotá. Cuando hablan entre sí, gesticulan mucho, lo que denota que tienen pocas palabras para expresar las ideas.

Los delegados del gobierno español y posteriormente los gobiernos de Bogotá no han podido nunca someter a los guajiros a ningún género de administración ni convertirlos por medio de los misioneros, a la religión cristiana. No se sabe que tengan un culto que implique la idea de un Ser supremo y la creencia de la inmortalidad del alma. Lo único

que se sabe es que a la cabeza de cada una de sus tribus, que suelen estar integradas por centenares de individuos, hay una especie de adivino o profeta al que consultan en las circunstancias difíciles; le tienen cierto respeto y proveen a su subsistencia. El llamado a ejercer ese sacerdocio debe permanecer soltero. Me dijeron que entre los medios que este augur emplea para leer el porvenir, uno es el de interrogar un cigarro encendido y según los efectos que producen la ceniza y la lumbre, dicta su decisión favorable o desfavorable. Así, cuando las guerras que las provincias de Colombia sostenían contra España, las hordas de indios, que unas veces combatían con los realistas y otros con los independientes, algunos días se negaban a combatir porque las experiencias reiteradamente hechas en el tabaco les predícian que en esos días había de ocurrirles alguna desgracia. Por otra parte ese medio singular adoptado por los bárbaros para conocer el porvenir por la combustión de un cigarro no me parece más absurdo que el que antes practicaban los griegos y romanos civilizados, cuando los ministros de su religión, para decidir en los casos ambiguos o arriesgados, formulaban sus presagios según el vuelo, el canto o el apetito de los pájaros o por los indicios descubiertos en las entrañas de una víctima inmolada por ellos. A pesar de su aversión por los españoles, los guajiros sostienen constantes relaciones comerciales con los habitantes de Riohacha, donde bajan a buscar aguardiente, telas de algodón y otros objetos manufacturados a cambio de bueyes, borricos y principalmente caballos que se estiman mucho en Nueva Granada por su vigor, sobriedad y la rapidez de su paso.

Durante las semanas que pasé en Santa Marta tuve ocasión una vez de ver tres indios guajiros, uno de ellos era un jefe, que había llegado en su excursión hasta esta ciudad; los tres tenían tez cobriza, aspecto altanero, estatura elevada, anchas espaldas, piernas y brazos musculosos, el pelo negro y lacio lo llevaban sujeto en la frente por una banda adornada con plumas grandes; los brazos y las piernas los tenían tatuados, el calzado consistía en unas alpargatas de cuerda de áloe sujetos a la parte baja de las piernas como los coturnos; por debajo de las telas de colores vivos que lle-

vaban echadas por las espaldas y que caían en pliegues como las túnicas antiguas; llevaban el cuerpo cubierto por una especie de calzoncillos cortos y en la cintura un machete; esta especie de cuchillo de hoja ancha y larga no es su única arma pues muchos de ellos tienen hoy fusiles que los traen de contrabando de las Antillas, y casi todos siguen usando el arco y las flechas envenenadas.

Las mujeres guajiras, según me han asegurado, son tan notables como los hombres por la belleza de sus formas y hasta por los rasgos de la cara, pero por desgracia la coquetería en ellas las lleva a pintarse en la cara una serie de dibujos extraños que les da cierta fealdad a los ojos de los extranjeros.

Desde los confines del territorio de la Guajira en dirección al golfo de Venezuela y hasta los límites de la provincia de Maracaibo hay otras tribus de indios en número de mil a dos mil llamados *Cocinas*; son nómadas que viven también independientes en las sabanas o en las selvas de los contrafuertes de las montañas. Aunque no muy numerosos, son más temibles que los guajiros ya que sus incursiones no sólo se señalan por el pillaje y la muerte, sino que, como son antropófagos, se comen a los prisioneros que cogen en los combates; por esta razón sus vecinos los guajiros a pesar de ser valientes, evitan en cuanto pueden, guerrear con ellos.